

SOBRE MAESTROS, MILICIA Y TAXONOMIA *

por Luis Noussan-Letry

Puede suceder que en informes internos escribamos con precipitación insólita. Nada extraño que se deslicen errores de redacción y de estilo. Separaremos los párrafos a la ventura. Pasaremos del *pluralis humilitatis* a la primera persona sin el cuidado aconsejable. Lanzados a escribir, guiados por nuestro humor pasajero, surgirá en desorden una subjetividad no tamizada y confiaremos a la máquina cuestiones personales del todo superfluas. Porque a nadie interesan, y porque todos estamos en claro sobre las nuestras sin necesidad de escribirlas. (Por supuesto, nuestro candor no es tanto como para pensar que tales asuntos puedan interesar al público). Si a todo lo dicho se agrega una actitud retrospectiva y un tono entre hilioso y melancólico anclado en el fastidio, muy diferente, por no decir opuesto, del ánimo que promueven los estudios de filosofía, tanto peor. Si tal escrito sufre un destino imprevisto, ya en pruebas tendremos que tomarlo como es y sólo señalar su inconveniencia. Pensar tal vez, como en otros casos, “el papel no se queja”. Como es, algo imprevisible, pues nunca vimos una ficha de tal carácter escrita por la persona en cuestión. Producto, en suma, de una conjunción de circunstancias adversas por la cual somos responsables del escrito, aunque no del impreso. No advertimos nada por lo cual debamos disculparnos. Cuanto hemos escrito para publicar es legible, conciso y sin dificultades de comprensión mayores que las del asunto.

(*) A propósito de “Ficha bibliográfica”, en este Anuario, Nº 1. p. 207 ss.

Estamos seguros de que el escrito no puede encerrar nada que vaya en menoscabo de personas, pero no de que esté libre de daño objetivo como impreso, en cuanto lo insuficiente, impreciso u oscuro, lo que puede parecer ambiguo, es disonante con nuestra ocupación. Aclaremos un par de cuestiones.

Maestros. Subyacen las preguntas por la formación humana. Séanos permitido reducirlas a una. ¿Qué es aquello, cuáles son las instancias que nos permiten abrirnos al mundo y ubicarnos en él como hombres? Sólo sobre la base de vivir ya en un mundo, hemos podido seguir cursos, acercarnos a pensadores, escribir algo, etc. Las deudas imprescriptibles consignadas no lo son sólo con personas, aunque sea justo mencionarlas, o lo son con ellas en cuanto encarnación del común y de las circunstancias mundanas. Responder con orientación filosófica y maestros (profesores) no es adecuado. Encerraría el riesgo de vernos sólo en nivel intelectual, de no preguntar por lo más primario, de sobrevalorar nuestros trabajos y, lo más grave, de perder el sentido de las proporciones. Éste puede también mellarse en la docencia. La responsabilidad aguzada es laudable, pero puede ser exageración de difícil remedio creernos decisivos en una tarea que es encuentro entre libertades, primariamente empíricas. Decisivos, cuando somos una gota en el mar de circunstancias en torno de un joven que se elige a sí mismo. Creernos maestros (pensadores), cuando sólo somos artesanos de un oficio que nunca se termina de aprender y en el cual nadie se gradúa. Porque maestros, en el sentido de pensadores, sólo brinda unos pocos cada siglo.

Los maestros de vida en primer lugar, por prioridad que implica relación circular y no excluye la simultaneidad. A partir de la vida y en su horizonte, podemos preguntar a los grandes. A partir de éstos, preguntar por aquélla. La distancia entre filosofía y cotidiano vivir no es tanta como suele pensarse. Si tratamos, por ejemplo, el principio de los indiscernibles, la formulación (*principium identitatis indiscernibilium*) y algunos textos, parecerán algo académico sin remedio. Pero finalmente llegaremos a sentir el principio en frases escuchadas muchas veces en boca de cualquiera (“ni los dedos de la mano son iguales”, “algo va de Pedro a Pedro, y algo es mucho”, “hay muchos burros del mismo pelo”), y se mos-

trará en el vivir. Si sonara entonces algo vulgar o poco académico, no sería culpa nuestra. ¿Qué pensar de alguien que hubiera dedicado años a la cuestión de lo uno y lo múltiple, y no lo viera en un plato de sopa, aun tratándose de una sopa de letras? No decimos nada original, es incluso un lugar clásico.

Aprendemos de todos, en distintos niveles y sentidos. Maestros, muchos. Pero la vida está primero, como también en el camino y siempre. El *primum vivere...* tiene un sentido muy diferente del que se le atribuye. Se trata de preguntar. Si nos quedamos quietos ante la frase algo pedestre y socarrona, estaremos, inermes, a merced de ella. Si practicamos en cambio la pregunta, que vivifica, y apuntamos hacia la prioridad del vivir como sentido, luce una conexión insospechada. Cortamos el nudo que ata el mero vivir con el dinero para el sustento, desaparece la relación temporal de pura sucesión, evocamos el *non scholae, sed vitae discimus*, en el cual podemos sustituir *discimus* por *docemus, scribimus, vivimus*, etc., etc.

A propósito de las “lecciones por el absurdo” de la milicia, se ha deslizado un error. Ninguna merece ser olvidada. Unas tienen su centro en la conducta ajena. En medio del disgusto, pensamos ante todo “eso no se hace”, “esa conducta no es para mí”. Estas lecciones contribuyen a indicarnos el rumbo, o lo confirman. Lo que olvidamos con buena memoria es el humor, y hasta la persona en cuestión. Alguien ha dicho: “Saber olvidar, más es dicha que arte”. En efecto, la buena memoria es un don sin mérito alguno, aunque hay que ayudarlo un poco.

Otras lecciones por el absurdo tienen su centro en nuestro ajetreo, y son de peso. Quizá no hay nada tan lastimoso como el trabajo forzado y, además, sin sentido. Por ejemplo, trasladar un montón de arena de un sitio a otro, para después volver a trasladarlo al primero. Pero lo absurdo tiene que destacar, por contraste, que nuestra condición responde a una vocación de sentido, y predisponernos para emprender con alegría cualquier trabajo sensato, incluso para esforzarnos por lograr sentido en tareas que parecieran carecer de él. Si lo suponemos y lo buscamos, probablemente lucirá. Si nos vemos obligados, por ejemplo, a dictar un

curso que no nos place, y lo hacemos de mal talante, con la cara agriada por no quitar del medio nuestra persona herida, no resultará algo placentero ni satisfactorio para nadie. Pero no se trata de aquel montón de arena, sino de prójimos confiados por la comunidad, está de por medio nuestra profesión. no nuestra persona empírica, etc. Entonces nos diremos: "es un curso bueno, puede ser el mejor que nos haya tocado, tenemos que empeñarnos, hacer lo posible para merecerlo y merecer la profesión, etc.". En este caso, es probable que logremos algo satisfactorio, es seguro que disfrutaremos de trabajar con alegría. Podemos, pues, rescatar sentido de un absurdo a rabiar, tejerlo en experiencia, aprender de él. No decimos nada original.

Las circunstancias vividas configuran experiencias, alcanzan un sentido u otro según como las elaboremos. El servicio militar puede ser algo lejano y borroso para quien lo cumplió como suma de molestias olvidables que su persona empírica no merecía. Si en cambio, tal vez por dedicarnos a estudios de filosofía, elaboramos con preguntas ciertas experiencias primarias, comprendemos algo de esa ocupación, de por qué tantas veces escuchamos la frase "Ud. no tiene espíritu militar", si a una con las lecciones mencionadas elaboramos las positivas de los instructores, si observamos un poco ese pequeño teatro donde muchos encuentran cada uno su personaje, y tentamos preguntas sin espera de respuesta inmediata (p. e., ¿por qué el soldado tiene que *parecer* valiente antes de tiempo, cuando no hay peligro a la vista?, ardua cuestión. digamos de paso, cargada de matices, sombras y luces), dadas estas condiciones, en suma, se justifica un recuerdo agradecido para el servicio militar. De ese modo quizás lo hemos merecido, o estamos en camino.

Más arriba adjetivamos la actitud y el tono del escrito. Pues sucede. como un percance. Aunque estemos en paz con nuestras circunstancias, al afrontar de golpe un balance de años, puede abrumarnos un tropel de frustraciones y deterioros históricos, la astucia de la sinrazón. A pesar del ejercicio, siempre acecha el especular sobre lo que podría haber sido, con silencio pasajero del sano principio, viejo conocido, de tomar las cosas como son. Actitud y tono anclados en el fastidio, mal consejero para escribir. Algo puramente circunstancial y pasajero, aunque relacionado con

la tarea y, precisamente, con la particular circunstancia. Es pan cotidiano discutir conceptos meramente clasificatorios en cuanto parecen encerrar tras de sí algo sustantivo. Útiles al comienzo, quizá; lastre después. Hace años entrenamos adolescentes en examinar conceptos, ajustarlos como herramientas para el pensar sensato, hacer añicos dicotomías y politomías inválidas, etc., también para destacar cuestiones no puramente conceptuales o que no lo son en absoluto, cuando hay que decidir, y a veces no hay alternativa. Pues bien, con los años, tales conceptos tristes, capaces de abortar toda pregunta, fatigan, y hasta provocan fastidio.

Creemos estar en claro sobre los motivos del fastidio, pero no cabe extendernos sobre ello. Tal vez un par de anécdotas sean aptas para descubrir, en parte, la raíz del fastidio ante tópicos (“orientación filosófica”, “maestros”) que nunca nos preocuparon. Considérelas el lector imaginarias, como fábula. Cierta vez, ante la palabra “taxonomía”, un alumno se ofreció para aclararla y dijo: “es el arte de embalsamar”. Otros rectificaron la afirmación, pero nada nos aseguraba ni asegura que el equivocado no dijera una verdad de a puño. Sea lo que fuere, si proyectamos la duda razonable sobre la circunstancia del escrito, nos parece imposible enfrentar con ánimo alegre, sin una pizca de fastidio, la perspectiva de la propia taxonomía.

En otra oportunidad un pequeño no podía creerlo, tanto animal quieto y mostrando los colmillos en un museo de ciencias. En sus pocos años, apelaba a la autoridad (la televisión): “. . . cuando sacan los dientes es que. . .”. Hubo que repetirle, éstos ya no podían defenderse. Pero no cesaron las preguntas. “¿Qué les pasó?”. Y entre otras, con el maniqueísmo incipiente que promueven esos medios: “¿Quién fue el malo?”.

Cierta frase de una conversación cercana nos arrancó de cálculos en el aire sobre costo de taxidermia y demás, y preservación de especies: “. . . si una especie se extingue, es más valioso el ejemplar”.

Entre tantas preguntas creímos sentir en torno, al mirar una muestra (*sit venia*), como un augurio de gitana: “¡Que te clasifiques o clasifiquen y tengas que parecerte a tu momia!”.

Rondaba el fastidio; mal consejero, dijimos (aunque no es malo: no le es tener sangre en las venas). Pero la buena ventura

conjuro el 'quetepese' y aligeró la atmósfera de naftaleno. Sin duda el pequeño, vivo mentís, y promesa. El *prius* del vivir como sentido, vivir el presente (*histórico*), no historizarlo; no ser un cazador *muy* ambiguo. Y la memoria, solícita, acudió con el evangélico "Deja que los muertos...", el pagano *similis simili gaudet*, y un decir romántico de brillo fugaz: *Deus creavit, Linnaeus disposuit*. En paz con el entorno; tomarlo como es, incongruencia congruente. Omitimos biseles de la fábula y jirones de otras.

* * *

Subrayar las deudas es razonable, obedece a un llano modo de pensar. Sin extendernos; circunstancias adversas como la aludida, marco del impreso (no cabe acusar al mundo, a los otros, ni acusarnos, "mala suerte") son compensadas por las favorables. O bien, nos enfrentamos, en cada caso, con una cuestión perentoria: entre méritos de tener y deudas que convocan sin término a merecer lo dado, no cabe vacilación. Sin embargo, nombrar un pensador *maestro* supone haberlo entendido a fondo; además de aventurado, ¿se trata sólo de entender? Nombrar unos profesores es excluir otros, asunto de sentido común y del principio *expressio unius est exclusio alterius*; ni razones ni motivos. Los europeos, en conjunto, de más elevado nivel. Pero es lógico, habían tenido mejores oportunidades.

En cuanto a proyectos, hemos seguido siempre una máxima: mencionar sólo aquellos que, con razonable seguridad, podemos realizar, porque ya los tenemos prácticamente elaborados. Sobre otros proyectos, callamos.

Todo en aquel escrito y aquí se desenvuelve en un nivel mundano y profano. Cuanto decimos vale para nosotros: estamos en el llano. Los grandes se encuentran —si es lícito expresarse así— por encima de toda norma, también allende modestia e inmodestia. La diferencia, no sólo con los grandes, también con los investigadores sobresalientes, se relaciona con aquel sentido de las proporciones y con nuestra elección: no perderlo, ni parecerlo, ni ser causa ocasional de que se malogre en otros.

Finalmente, nos colocamos a disposición para otras aclaraciones y precisiones.